

Polonia y Turquía fueron amigos suyos porque estaban lejos de ella, y fueron enemigos del Habsburgo de Viena ó del de Madrid porque estaban cerca de él.

El tratado de los Pirineos había dejado á Portugal frente á frente de España, su enemiga; así es que cuando el marqués de Chouppes fué en 1659 á Lisboa para manifestar el pesar que sentía Francia por haberse visto en la necesidad de abandonar á su aliada, entró en aquella capital de una manera lamentable, bajo una lluvia de piedras, y hubo de escuchar luego algunas palabras duras de labios de los ministros portugueses. Pero muy pronto se suavizó aquella acritud, pues Luis XIV había resuelto, como veremos, faltar al compromiso contraído de no socorrer á Portugal, que era para él un aliado muy útil. Bien es verdad que Portugal contaba con escasas fuerzas y que su rey Alfonso VI era un soberano triste, «glotón, puerco, borracho, envenenado por el tabaco, del que llevaba siempre en la nariz algunas hojas arrolladas; su cuerpo huele naturalmente mal y tiene siempre úlceras debajo de grandes dobleces ó repliegues de la piel que se forman en varios sitios de su persona.» Ese rey de veinticuatro años «no sabe leer ni escribir, pero en cambio conoce todas las palabrotas feas de los lacayos que le son familiares.» Alfonso VI, así descrito por el Sr. de Saint Romain ministro de Francia, era uno de esos reyes que, por comparación, daban á Luis XIV el derecho de considerarse superior. Pero en el siglo XVII no era aliado tan mediocre que no pudiera prestar algún servicio.

En el otro extremo del teatro de la guerra, los Estados escandinavos eran, desde hacía tiempo, clientes de la política francesa.

Suecia, á principios del siglo XVII, era un país pequeño y no lindaba con el Sund, pues Dinamarca poseía las provincias meridionales de la península escandinava y, por consiguiente, las dos orillas del estrecho eran danesas; pero Finlandia y la Esthonia pertenecían á Suecia y el reino sueco era el litoral del golfo de Bothnia. Era un territorio muy pobre que, según se decía, producía únicamente «hierro, cobre, alquitran, mástiles y algunos cáñamos;» pero esos productos eran precisamente las primeras materias de la guerra terrestre y marítima. Ahora bien, sucedió que un rey, Gustavo Adolfo, sacó de aquel país, poblado por unos dos millones de habitantes pero en el cual habíase conservado la primitiva costumbre del servicio militar universal, un ejército nacional de cuarenta mil infantes y tres mil quinientos jinetes, que para aquel tiempo era un ejército poderoso, y Suecia se elevó, de la noche á la mañana, á la altura de los grandes reinos. Mas aquel país no podía sostener aquel ejército porque carecía de hacienda pública; y como el rey no tenía más rentas que las de su patrimonio, fué preciso hacer la guerra para mantener al soldado á costa del enemigo, conquistar territorios para pagar á los oficiales en tierras y señorios, y aceptar y hasta solicitar subsidios de aliados. Y Suecia se convirtió en un Estado condottiero.

Conquistó la Livonia, la Esthonia y la Ingria; la paz de Westfalia le dió las desembocaduras del Óder y del Elba, y arrebató á Dinamarca las islas de Gothland y de Oesel y las provincias meridionales de la península. De este modo cercó el Báltico y creyó poseerlo enteramente cuando Carlos X se enseñoreó de la Polonia, del

ducado de Prusia y de Dinamarca (1). El Báltico pasaba á ser un lago sueco; pero entonces se puso de manifiesto la desproporción entre las fuerzas reales de Suecia y sus ambiciones; no tenía vigor bastante para soportar tanta fortuna, y Carlos X fué vencido por una coalición, debiendo aquélla á la mediación de Francia una paz honrosa, pero que de todos modos puso término al gran ensueño.

La guerra y la emigración habían despoblado Suecia; muchas familias nobles se habían establecido en los territorios conquistados á Alemania, y los guerreros y los hombres de Estado, enriquecidos por el saqueo del Imperio y por las subvenciones del extranjero, convirtieron en señores de gran tono, al estilo de los franceses que en punto á ostentación habían sucedido á los españoles, cuando España hubo sido vencida. En París se decía: «De todos los extranjeros, los suecos son los más franceses y los que menos conservan el acento de su país.» Esos señores destruyeron en sus dominios la libertad de los campesinos que constituía el honor y la fuerza de Suecia; y corrompieron la honradez de las costumbres escandinavas. Dábanse gran vida en la corte y en sus tierras, que visitaban anualmente por Navidad, cuando el invierno ha construido ya para los trineos un camino de hielo en los ríos y en los lagos; y su estancia en los castillos era una orgía perpetua.

El gobierno estaba en manos de una complicada oligarquía. El Consejo de regencia, durante la menor edad de Carlos XI, componíase de cinco regentes, todos ellos grandes dignatarios de la corona y ministros ó más bien jefes de colegios ministeriales. El canciller, que tenía á su cargo los negocios extranjeros, presidía un colegio de senadores, consejeros y secretarios. Había un Senado permanente y una Dieta que se reunía cada tres años por lo menos. El personaje más importante era el canciller Magnus de la Gardie, que conocía exactamente los negocios y tenía talento, elocuencia en varias lenguas y el «aire de grandeza y de magnificencia» que daban á aquellos suecos la victoria, la riqueza y las altas relaciones políticas que mantenían con toda Europa. La Gardie era uno de los sobrevivientes de la época heroica sueca, pero era también un hombre indolente y cansado; por Navidad, tomábase largas vacaciones, durante las cuales no le agradaba oír hablar de negocios.

En 1661 hacía treinta años que Suecia era la aliada de Francia, de manera que la alianza franco-sueca parecía uno de los puntos fijos de la política general. Pero esa alianza no había sido cordial nunca, pues los suecos, cuyas victorias, en los comienzos de la guerra común contra el Austria, habían sido más importantes que las de los franceses, se irritaban al oír hablar en todas partes «de la dependencia que Suecia se vería obligada á mostrar á las voluntades de Francia.» Cuando se reunió en 1658 la Dieta de la elección imperial, publicóse un escrito en que se les llamaba *Galliae mercenarios*; y habiéndolo leído uno de sus embajadores, Bierenclau, fué encolerizado á casa del mariscal de Gramont: «El mariscal creyó que estaba endemoniado y que todos los demonios habían entrado en su cuerpo, y nunca se ha visto una escena tan bufá como aquella. El embajador protestaba como un furioso contra aquellas palabras de

(1) Véase la pág. 200.

*Galliae mercenarios*, levantábase de su asiento, repetía *mercenarios*, diciendo al mariscal *amicos, confederatos*, y éste asentía á todo con una sangre fría que aún exasperaba más al sueco.» Fué una escena entre parientes ricos y parientes pobres pero gloriosos.

En 1661 la alianza francesa todavía tenía partidarios en Estocolmo, siendo los principales el canciller La Gardie, que era de origen francés, y el mariscal Tott, «hombre gallardo, espléndido, galante, gran jugador... de aire noble, que hablaba el francés mejor que un cortesano y era muy querido de las damas parisenses, con las cuales hallaba medios sobrados para gastar su dinero.» Pero, en cambio, habíase ya formado un partido de oposición á la política tradicional cuyo jefe era en el Senado Bierenclau. Un día, en esa asamblea, los dos partidos se acusaron mutuamente de estar vendidos al extranjero, y acaso los dos tuvieran razón. Por lo demás, era evidente que Suecia tenía interés en no ser eternamente feudo de Francia; había obtenido de la colaboración de sus armas con las nuestras todo cuanto podía esperar, y por lo que hace á ciertas pretensiones que formulaba sobre la interpretación de los tratados de Westfalia, sabía que no podía contar con el apoyo de Francia, obligada á guardar consideraciones á amigos alemanes que no lo eran de los suecos. Además, la diferencia de religiones, que no había impedido el acuerdo momentáneo de los intereses, era un obstáculo para una alianza profunda. Por último, como Francia, sin desatender la alianza sueca, no quería agraviar á Dinamarca, Suecia sintióse celosa é inquieta. Bierenclau tenía, pues, motivos para recomendar al Senado una nueva política, y consideraba á Inglaterra como una de las más grandes potencias del mundo, capaz de ayudar á Suecia «con dinero, tropas y barcos.»

De suerte que en 1661 ofrecíase menos segura para Francia la alianza del reino de Suecia, de ese soldado glorioso, cansado, que tendía la mano.

Polonia, á la que se había unido la Lithuania á fines del siglo XV, extendíase por el Sudeste hacia el mar Negro, pero sin llegar á él, pues el litoral estaba ocupado por los turcos; por el Norte, tocaba al Báltico en Dantzig, pero Dantzig era una ciudad libre que vivía aparte; por el Sur, la frontera apoyábase en la montaña; por el Oeste, estaba separada del Imperio por una línea convencional entre el Elba y el Óder, casi tocando á éste; y por el Este, otra línea pasaba entre el Dniester y el Dnieper, que se disputaban polacos, turcos y moscovitas. La llanura polaca está bañada por ríos de lenta corriente que forman lagos, pantanos y hornagueras; de modo que ningún obstáculo se oponía á la expansión ni á la invasión de aquel país, cuya historia es una alternativa de vastas conquistas y de peligros de muerte.

Polonia era una nación desordenada, en la que no había clase media más que en las ciudades libres de Dantzig y de Torn. Los campesinos eran siervos y el clero no estaba organizado en clase. «La nobleza, dice una instrucción dada en 1664 á un embajador de Francia, constituye casi todas las clases del reino.» Y esa nobleza era un conjunto confuso: «el número de hidalgos es muy grande, y la mayoría de ellos son muy pobres, pues las familias no pueden mantenerse mucho tiempo en la grandeza y en la opulencia desde el momento en que las sucesiones se reparten por igual entre

los hermanos.» Pero la riqueza no daba privilegios y, por consiguiente, todos los nobles eran iguales entre sí.

El reino estaba dividido en palatinados, cada uno de los cuales tenía su dieta ó dietina que elegía á los diputados de la Dieta general, ó «nuncios.» Esa Dieta elegía rey cuando á este efecto la convocaba el arzobispo primado de Gnesen, reuniéndose entonces en el «campo de la elección,» en Whola, cerca de Varsovia, adonde acudían los diputados armados y á caballo. Redactábase los *pacta conventa*, es decir, la capitulación que había de imponerse al rey, y el día de la elección el primado y el mariscal de la Dieta, elegido por ella, recorrian las innumerables filas de los jinetes y recogían los votos. El rey elegido comparecía ante una nueva Dieta, que lo coronaba después de haber jurado los *pacta*, y entonces hallábase frente á frente «el Rey y la República polaca.»

La vida política veíase de continuo perturbada. «La nobleza es un cuerpo tan grande y disperso en un país tan vasto, que no es posible que un mismo espíritu la anime.» Desde hacía mucho tiempo habíase arraigado la idea de que nadie podía ser compelido á obedecer una ley por él no aceptada. En una dieta de 1652, por haber un nuncio negado su voto á un proyecto de decreto real, separóse la asamblea sin tomar acuerdo, siendo aquel el primer caso en que se usó del *liberum veto*. Las minorías, para defenderse de las mayorías, ejercían el derecho de «confederarse,» es decir, de reunirse en ejército, con lo cual encendíase la guerra civil.

Polonia era, en su mayoría, católica, pues los jesuitas la habían reconquistado casi enteramente á la reforma con sus misiones y sus colegios, en los cuales daban á los nobles una educación retórica y una devoción que no era profunda: «La nobleza es bastante devota y en su mayor parte hasta hipócrita.» Pero quedaban en Polonia luteranos, calvinistas y otros sectarios, y entre las poblaciones de la Ukraina y en Lithuania eran muy numerosos los ortodoxos, quienes consideraban como ciudad santa Moscou, en donde se había creado un patriarcado ortodoxo á fines del siglo XVI.

Aquel país caminaba hacia la ruina, aun cuando, orgulloso de su *aurea libertas* y siempre «aprensivo en punto á su libertad,» no parecía percatarse de ello. La alta nobleza pasaba en sus castillos el invierno, estación de las carreras en trineos y de las grandes orgías, y dedicaba el verano á la política; en las dietinas ó en la dieta, los grandes señores se pavoneaban rodeados de su clientela, cubiertos de oro y de diamantes, y casi todos ellos eran capaces de pronunciar un hermoso discurso en latín ciceroniano. Los polacos eran aficionados á juntarse para charlar, beber, batirse y reconciliarse, y después de las guerras civiles reuníanse en dietas de «reconciliación.» La idea de la patria surgía por un momento, todos se besaban y lloraban pronunciando el brindis nacional, «amémonos los unos á los otros,» y luego todos volvían al desorden: «Los polacos son espíritus muy inconstantes que se pasan la mayor parte de la vida ofendiendo á la corte y reconciliándose con ella de buena fe.»

Desde la muerte del último Jagellón ocurrida en 1572, todas las elecciones habían provocado competi-

ciones extranjeras, moscovita, austriaca, sueca, brandeburguesa; los vecinos, cada uno de los cuales codiciaba la Polonia, pensaban en ponerse de acuerdo para repartírsela. En 1661, el rey de Polonia hacía una confidencia dolorosa á la Dieta, á la cual suplicaba que le designara, en vida, un sucesor:

«Plegue á Dios que sea yo un falso profeta, pero es harto cierto que la República quedará desgarrada si no procede á una elección anticipada del sucesor á la corona: la Rusia polaca y la Lituania seguirán al Moscovita, cuya lengua hablan y cuya religión en su mayor parte profesan; la Gran Polonia y la Prusia seguirán á su vecino, el Brandeburgués; y la casa de Austria, aun cuando exhala las intenciones más puras, no se abstendrá de la Pequeña Polonia, en el caso de un reparto de la República.»

Aquel país amenazado preocupaba mucho á la diplomacia francesa, una de cuyas ideas principales fué entronizar en Polonia á un príncipe francés. En tiempo de Richelieu, Francia y Austria habíanse disputado la ventaja de casar al rey Ladislao, quien se casó con una austriaca que murió en 1644; entonces Mazarino le recomendó una hija del duque de Nevers y de Mantua, María de Nevers, que había tenido en la corte de Francia muchos amores, el último con Cinq-Mars, y habiendo sido aceptada por el monarca, una embajada polaca fué por ella. Esa embajada asombró á la corte y á los bobalicones con su magnificencia que, según se decía, habían los polacos heredado de los medas por mediación de los persas y de los escitas. María, al llegar á Polonia, encontróse con un marido muy viejo, gotoso y gordo, y con una cena horrible á la vista y aun peor al paladar, lo que le hizo decir á una de las damas que la habían acompañado, que lo mejor sería volverse á Francia. Esto no obstante, acabó por acostumbrarse tan bien á Polonia, que cuando murió en 1648 Ladislao, se casó con Juan Casimiro, hermano del difunto, que fué elegido rey. Juan Casimiro había sido jesuita y cardenal y era un buen hombre poco aficionado á los negocios públicos; en cambio, María sentía pasión por ellos y fué el verdadero rey de Polonia. Era mujer de grandes proyectos y quería «hacer más absoluto el gobierno y aun acometer gloriosas empresas en el exterior;» pero «es tan pródiga en razones y expedientes, que esto hace que cambie de modo de pensar con tanta frecuencia como ligereza.»

Como no tenía hijos, se propuso casar á una hija de su hermana con un príncipe cualquiera, á quien luego trataría de hacer rey de Polonia; para ello se fijó en el duque de Enghien, hijo de Condé, y se convino en que sería elegido rey en vida de Ladislao. La corte de Francia sintióse muy satisfecha y puso á la disposición de su embajador una cantidad importante «para adquirir y poner á la entera disposición del monarca los votos de las personas que éste pudiera necesitar.» En París había una lista de pensionados polacos. Francia, en previsión de resistencias, de una confederación y hasta de una guerra civil, firmó en 1661 un convenio con Suecia, la cual se obligó, mediante subsidios, á enviar, si era preciso, tropas á Polonia. Pero la Dieta se negó á elegir sucesor al rey, en vida de éste, por ser ello contrario á las leyes del reino.

Francia, sin embargo, no se desanimará y reprodu-

cirá más adelante su proyecto, porque esperaba mucho de una alianza con Polonia. En efecto, una instrucción de 1660, después de haber recordado que «Francia, enclavada por la naturaleza entre Alemania y España» y «cogida entre ellas,» había resistido á ambas «con sus propias fuerzas y la ayuda de algunos amigos,» añadía:

«¿A qué altura de poderío, de respetabilidad y de autoridad no pueden llegar fácilmente esta corona y la de Polonia si, mediante nuestra unión y un enlace indisoluble de sangre y de intereses ponemos al Imperio en la misma situación de estar enclavado entre Francia y Polonia, como lo estábamos antes nosotros entre el Imperio y España?»

Esa comparación entre la unión proyectada de Francia y Polonia y la que el lazo de familia había formado entre España y Austria es singular y supone que un príncipe de la sangre francés habría sido capaz de establecer en Polonia el sistema hereditario y un orden monárquico. Pero las instituciones y las costumbres de aquel país habríanse resistido á esa tentativa, con la ayuda de los Estados vecinos que no podían consentir en una Polonia francesa. Nuestra diplomacia, aunque muy perspicaz, se aferraba con demasiada fuerza á las tradiciones, y tenía la costumbre de contar con Polonia, como con Suecia, y con el servilismo de los príncipes alemanes, lo que le había de ocasionar no pocos desengaños.

La alianza «de la flor de lis y de la media luna» había cesado en la segunda mitad del siglo xvi, y en 1661, después de haber sido maltratados varios embajadores (1), Francia no estaba representada cerca de la Puerta más que por un embajador elegido por la «nación.» De manera que la política tenía allí una posición que reconquistar.

El valor turco había menguado mucho desde los tiempos de Solimán el Magnífico, fallecido en 1566 y á quien habían sucedido sultanes enervados por la educación del serrallo, holgazanes casi todos y alejados de los ejércitos. Las fuentes del poderío militar se secaban; la caballería enfeudada ya no existía, por decirlo así, pues los feudos en los cuales estaban establecidos los «hombres del sable» con la condición de acudir al primer llamamiento, eran vendidos á extranjeros ó dados, como «feudos de azafate,» á los eunucos, enanos y mudos del serrallo, ó, como «feudos de pantufla,» á mujeres del serrallo, ó usurpados por los gobernadores y los visires. Y como esos caballeros enfeudados habían constituido en otro tiempo la fuerza de los ejércitos musulmanes, fué preciso aumentar las tropas mercenarias, los jenizaros; pero éstos ya no eran como antiguamente muchachos cristianos, secuestrados desde muy pequeños, educados para la condición de esclavos soldados é «instruidos en los preceptos del Alcorán y en el manejo de las armas,» sino musulmanes libres, que habían entrado á formar parte de ellos, mediante el favor ó el dinero, ganosos de los beneficios anejos al empleo y el mayor de los cuales era el saqueo periódico de la ciudad. Esa decadencia hacía creer en una ruina próxima. De Breves, el embajador que en 1603 logró la renovación de las Capitulaciones, compuso un «Discurso compendiado de los medios de destruir y arruinar el poder de los

(1) Véase anteriormente.

príncipes otomanos.» A ese mismo embajador escribíale Enrique IV:

«Me convenzo de que el imperio de ese señor caerá muy pronto en una confusión que tendrá como consecuencia cambios de gran importancia, en cual caso será tal vez necesario que yo aproveche las ocasiones de prevalerme de ello, como harán los demás.»

En aquel país de obediencia bastaba, sin embargo, que surgiese un hombre enérgico, sultán ó visir, para poner de nuevo al imperio en condiciones de obrar. Murad IV fué un enemigo temible de la cristiandad. En 1656, la madre del sultán Mohamed IV hizo nombrar gran visir á un hijo de albanés, Mohamed-Koeprili, estableciéndose entonces una división de atribuciones entre el visir y el soberano. Éste, hombre devoto, sobrio, dominado por su madre y por su esposa favorita, cuyo nombre significaba «la que ha bebido las rosas de la primavera,» no gobernaba; si partía para la guerra, no pasaba de Scutari ó de Andrinópolis, y una vez allí entregaba al visir el estandarte sagrado y le ponía sobre la cabeza un penacho de plumas de airón, hecho lo cual íbase á dirigir cacerías enormes en las que maniobraba un ejército de ojeadores. El gran visir, que no sabía leer ni escribir, pero que era por naturaleza hombre de Estado y guerrero, reinaba por el terror; dicese que en los cinco años que gobernó mandó cortar quinientas cabezas al mes, es decir, «el doble de lo que el mismo sultán tenía derecho á hacer cortar, según cierta tradición del pueblo.» Cuando murió en 1661, Turquía contaba con fuerzas suficientes para reanudar la guerra santa y arrojar sobre la cristiandad centenares de miles de hombres; de aquí que su alianza mereciese ser solicitada.

#### IV.—Las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda

En Inglaterra habíase restablecido la dinastía de los Estuardos: «Culpa mía es, decía Carlos II, no haber venido antes, porque no veo aquí á nadie que no me diga que ha suspirado siempre por mi vuelta.» En efecto, la revolución de 1648 fué un accidente en la vida de un pueblo constante en sus hábitos, y la restauración de 1660 pareció la continuación de la vida nacional hereditaria interrumpida por una pesadilla.

El rey Carlos era un joven *gentleman*, guapo mozo, de graciosos modales, de mucho ingenio y de una inteligencia que le permitía entender hasta las cosas serias; era valiente cuando convenía, indolente y callejero y se pasaba las horas charlando, dibujando caricaturas, oyendo música, jugando con sus perros y dando de comer á sus aves acuáticas; no tenía moralidad alguna, ni escrúpulo de conciencia, ni conciencia, y se negaba á tomar á Dios por el lado trágico y á creer que «condenase al hombre á la desgracia eterna... por haber hecho novillos en este mundo.» Ese *dilettante* tenía la ambición de ser verdadero rey; no admitía que «unos cuantos individuos reunidos en asamblea se ocupasen de sus asuntos ni escudriñasen sus cuentas,» y se sentía muy inclinado al catolicismo porque había visto en Francia y en España sólidamente asentados el altar católico y el trono, si bien ocultaba esas inclinaciones cuanto podía, porque era prudente y no olvidaba las lecciones del cadalso y del destierro, y no quería, según sus pro-

pias palabras, «reanudar sus viajes.» Su apatía, por otra parte, preservábale de la acción violenta; pero persistía fiel á su idea de restaurar la monarquía por medio de la restauración del catolicismo, y para realizarla no se avergonzaría de buscar una ayuda en el extranjero y será capaz de vender la política de Inglaterra.

Cromwell había hecho de Inglaterra una gran nación, juntando en su república á los tres países, Inglaterra, Escocia é Irlanda, durante tanto tiempo enemigos; Inglaterra, después de él, ya no era el pequeño Estado de tres millones de almas de la época de Isabel. Había creado, durante la guerra civil, un ejército numeroso y fuerte, cuyos destacamentos se hicieron admirar cuando combatieron al lado de los franceses junto á los muros de Dunkerque; y tenía marina aguerrida por los largos viajes y por las batallas contra las armadas de España y de Holanda. Los reyes Jacobo y Carlos I, por razones mezquinas, habíanse abstenido de intervenir en el conflicto entre Francia y sus aliados protestantes, de una parte, y la casa de Austria, de otra, y la guerra de Treinta años había terminado sin que Inglaterra hiciese en ella el menor papel; Cromwell, en cambio, creó una política inglesa, de carácter religioso pero sumamente práctica. Aquel soldado del Evangelio empezó por atacar á Holanda, evangélica también, es cierto, pero que enviaba sus barcos de pesca á las costas inglesas, transportaba por el cabotaje mercancías inglesas, y no quería reconocer que no era á ella sino á Inglaterra á quien la Providencia había dado el imperio de los mares; y después de haber vencido á los holandeses, portóse como protector de los protestantes del mundo entero, firmando tratados con Suecia y Dinamarca, con las cuales y con Holanda y Brandeburgo quería formar una liga de la que él habría sido jefe. Parecía deseoso de emprender una guerra religiosa. Cuando las matanzas de los vaudenses de los valles del Piamonte, ordenadas por el duque de Saboya, Cromwell tomó á sueldo de Inglaterra á mercenarios suizos y los habría lanzado contra el ducado si el duque no le hubiese dado toda clase de satisfacciones. Buques ingleses dieron caza á los berberiscos en el Mediterráneo y bombardearon á Argel. Cromwell decía á su Parlamento: «En vosotros descansa el porvenir de la cristiandad.» Luchó contra España, único apoyo que en el mundo tenían el papismo y la «Babilonia moderna,» pero que poseía también todo un mundo por ella cerrado al comercio de todas las naciones. «Nosotros somos, decía, los verdaderos soldados del Señor.» Aquella guerra santa enriqueció á los piratas ingleses y en ella ganó Inglaterra la Jamaica, que le abrió la entrada de la América del Sur. Al mismo tiempo, las colonias de la América del Norte salían de la miseria de sus comienzos, y el comercio inglés se extendía por todas las vías del Mediterráneo, á las Indias, á China, al Japón. Finalmente Cromwell se había aliado con Mazarino en la guerra contra los españoles, y en virtud del convenio pactado, Dunkerque había sido tomada y cedida á los ingleses (1). Cromwell había querido Dunkerque porque era uno de aquellos patriotas que echaban de menos Calais y querían tener una puerta abierta sobre Francia y sobre el continente. Así empezaba la Ingla-

(1) Véase anteriormente.

terra moderna y se anunciaba la Inglaterra más grande, la Inglaterra imperial.

Carlos II no quería seguir las huellas del Protector, porque se lo impedían una multitud de razones. El ejército de Cromwell, que continuaba siendo cromwelliano, había acogido al rey con un silencio pavoroso y era odiado por el país porque había sido instrumento de la tiranía puritana. La antigua desconfianza inglesa hacia los ejércitos permanentes habíase trocado en odio; así es que el ejército fué licenciado. Por otra parte, una política protestante ya no era practicable, porque ya no era posible una alianza con Holanda; en efecto, Carlos II, tío del joven príncipe de Orange á quien el partido burgués, dueño entonces de la República, excluía de los honores, protegía á aquel joven que, andando el tiempo, había de ser Guillermo III y derribar su dinastía. Además, la rivalidad comercial con sus rudas envidias separaba á los dos Estados marítimos, y finalmente había pasado la oportunidad de las agrupaciones confesionales, puesto que católicos y protestantes, igualmente cansados de tan larga lucha, habíanse acostumbrado á una existencia pacífica. El gran peligro que había amenazado á la Reforma estaba conjurado; España y Austria habían sido vencidas y Francia había sido colocado en el primer término; pero los protestantes, que fueron sus aliados, no tenían aún los motivos para temerla y odiarla que había de darles más adelante.

Si Carlos II no podía continuar la política de Cromwell, podía y debía, en cambio, desarrollar las fuerzas y el imperio marítimos, mantener el equilibrio en el continente é impedir que se formase en él una potencia demasiado importante; y como señales evidentes indicaban que no sería muy duradera la paz entre España y Francia y que esta última se prevalecería de su fuerza para completar su victoria, le era dado interponerse entre los dos enemigos y hacerse pagar á muy buen precio su alianza. Desde los primeros días de su reinado vióse solicitado por ambas partes: España propúsole un casamiento con una princesa de Parma y Francia un casamiento con la infanta de Portugal; Carlos II se casó con la infanta, no siendo este un mal negocio para él ni para Inglaterra, pues la novia aportaba en dote dinero, Tánger y Bombay. También fué un negocio excelente para Francia que, de este modo, robustecía á Portugal, el enemigo adherido al territorio español. Luis XIV había puesto gran empeño en hacer triunfar aquella solución, de la cual dijo en 1661 que «había sido de todos los negocios extranjeros el más importante.» Ya anteriormente su hermano se había casado con la hermana de Carlos II. Luis XIV estaba satisfecho del estado de cosas existente en Inglaterra: «Inglaterra, dijo, apenas se reponía de sus pasados males y no quería sino afianzar el gobierno bajo un rey recientemente entronizado y que sentía simpatías por Francia.»

Faltaba saber si Inglaterra sería dócil á un monarca que pretendía hacerse ayudar por el rey de Francia para restablecer el papismo y la monarquía absoluta.

En 1661 Inglaterra detestaba la Revolución; la religiosa Inglaterra, que es también la Inglaterra alegre, habíase cansado de un régimen que prohibía como pecados las fiestas que tanto le agradaban, y al mismo tiempo que la monarquía, había restaurado «las riñas

de perros, perros, de osos y de gallos, las carreras hípicas, las francachelas campestres, los bailes sobre el césped» y las regocijadas Navidades. Y como reacción contra la tiranía sectaria, habíanse puesto de moda entre las gentes escogidas el juego, el duelo, la borrachera y la blasfemia. La literatura se hizo pornográfica, publicándose pequeños poemas como los de lord Rochester, de los cuales ni siquiera los títulos pueden citarse, y representándose en el teatro cómico bellaquerías de forajidos y de mujeres de vida airada. Hasta la religión dió materia á farsas que hacían desternillar de risa á los espectadores. Pero todo esto no era más que una reacción contra pasados excesos, ridículos y odiosos.

En Inglaterra había almas muy religiosas. La Reforma había sido allí una obra política y monárquica, y el rey había hecho suya en el siglo XVI la potestad del papa, en virtud del «acta de supremacía.» había conservado obispos y una jerarquía y adoptado un dogma que llegó á ser dogma del Estado, en virtud del «acta de conformidad.» Pero contra la iglesia anglicana, episcopal y real, habíanse insubordinado al mismo tiempo que las conciencias católicas otras conciencias: los «puritanos,» rigoristas, tristes, vestidos de negro, formaron una «fraternidad selecta;» los «presbiterianos» organizaron una iglesia disidente; y los «independientes,» que se llamaban á sí mismos «el pueblo libre de Dios,» rechazaron toda autoridad de sacerdote ó de Estado y buscaron, cada uno para sí, á solas con el «Libro,» la voluntad divina. La persecución había juntado á esos disidentes infundiéndoles una energía terrible en la lucha contra el rey Carlos I, y el espíritu de aquellas sectas había sobrevivido á la ruina de la república de Inglaterra; así es que en tiempo de Carlos II aún había presbiterianos, puritanos, independientes, corazones sombríos, cabezas duras. El rey se apoyaba en la iglesia episcopal, mientras esperaba pasarse á la iglesia católica, y los puritanos y presbiterianos veían con horror las exterioridades católicas del culto anglicano, los sobrepellices, los ornamentos sacerdotales, la mesa de comunión adornada como un altar, las vidrieras en las ventanas, la pompa de las ceremonias, el restablecimiento de la fiesta dominical. En ellos alentaba el odio á Roma, la «Bestia del Apocalipsis,» y el espíritu bíblico iba á manifestarse soberbiamente en el «Paraíso perdido,» esa historia «de la primera desobediencia del hombre que comió del fruto prohibido, cuyo sabor mortal ha hecho imperar en el mundo la muerte y el pecado.»

Quedaban también, después de la restauración de los Estuardos, ingleses fieles á la Gran Carta, como lo había sido Hampden, que se negó á pagar á Carlos I un impuesto no votado por los comunes, por miedo de incurrir en «la excomunión de que habla la Gran Carta y que debe ser decretada dos veces al año contra los que la violan.» El rey Carlos había vencido la alianza de los liberales con los disidentes religiosos. En 1643, los Comunes ingleses, con motivo de la unión consentida de Inglaterra, habían pronunciado este juramento: «En nuestro nombre y en el de nuestros hijos, juramos vivir como hermanos unidos por el amor y por la fe, extirpar el papismo, el episcopado, la superstición, el cisma y la impiedad, defender los derechos y privilegios del Parlamento y las libertades nacionales, castigar á los malos

y á los enemigos de la Reforma y del Estado y unir los dos reinos mediante una alianza estrecha que pueda perpetuarse de generación en generación.» A ese juramento siguieron una especie de confesión general de los pecados y una promesa de enmienda y de santificación. Los hombres que juraron aquel *Covenant* tenían

los II sentíase «inclinado hacia Francia;» pero Inglaterra querrá continuar siendo Inglaterra.

El otro Estado marítimo era un ser político imprevisto, extraño y poderoso, al que es preciso conocer, ya que venció á Luis XIV.



El rey Carlos II de Inglaterra. Facsimile reducido de un grabado de Roberto Williams

la plenitud de la fuerza moral inglesa, á saber, la pasión religiosa y el culto de las «libertades nacionales;» y esa fuerza moral de una doble fe no la habían destruido los desórdenes, ni los excesos ni las ridiculeces de la Revolución.

Por último no habían caído en el olvido los recuerdos de la política de Cromwell, y había ingleses que seguían ambicionando un gran papel para Inglaterra, é ingleses que tenían mercancías que vender y querían una política de intereses; y tan leal, no por esto se dejará llevar por el capricho personal de su rey. Car-

Al Noroeste de Europa, en una región en cierto modo indecisa entre Alemania y Francia y en donde viven actualmente los reinos de Bélgica y de Holanda, habíanse formado en la Edad media diez y siete ducados, marquesados y condados, de los que la mayoría dependían del Imperio y los demás de Francia ó á la vez de Francia y del Imperio. Sucedió que los duques de Borgoña, por una serie de casamientos, herencias y azares de la fortuna llegaron á poseer todos esos pequeños Estados, que transmitieron á la casa de Austria cuando María de Borgoña se casó con Maximiliano, y con los cuales Carlos V, nieto de María, constituyó un «círculo